

—Alhama! Es la mas rica del rey moro.
—Sí, señor: de su reino está en el centro.
—¿Dicen que en ella guarda su tesoro?
—Sí, señor: y yo de ella os pondré dentro.
—¿Sabes lo que prometes?—Nada ignoro,
Señor; mas cuando ofrezco es que me encuentro
En posicion de dar. Venid conmigo,
Y sois dueño de Alhama, don Rodrigo.”

“Ortega en una empresa tan osada
Es preciso que Dios guie tu huella.
—La voluntad de Dios está marcada
Y nos la brinda á nuestra buena estrella.”

Yo no me he contentado en mi emboscada
Con rodar por la noche en torno de ella;
Señor, yo he estado dentro de la villa:
Dios por mi mano se la da á Castilla.”

“Yo veo la de Dios tras de tu mano.
Basta: aguarda mis órdenes afuera.”
Salió Ortega: el ilustre castellano
Del lecho se arrojó, y, con fé sincera
Puesto de hinojos, con fervor cristiano
Dijo: “Mi fé, Dios mio, en vos espera;
Si en Alhama, Señor, me dais entrada,
Yo llevaré la cruz hasta Granada.”



NOTAS DEL LIBRO CUARTO.

Nota á la página 89.

La mora multitud, aunque villana,
Civilizada.

En el libro 1.º de mi poema he dicho:

Pues por hijos de bárbaros osada
Vuestra historia nos dá, sea en buena hora:
No esa bárbara estirpe renegada
Será por mí.

Los extranjeros en general, creen que los árabes españoles eran una raza tan ignorante y salvaje como los árabes argelinos y marroquíes de hoy. El desden injusto con que miran nuestro país, la poca conciencia con que estudian y tratan sus cosas, y la rapidez con que viajan por él, en este siglo de globos y de vapor, y tal vez sus miras políticas, impiden que se propaguen rápidamente sus conocimientos sobre nuestra patria, de modo que personas que en Francia, Inglaterra y Bélgica pasan por instruidas, y á quienes he leído parte de los manuscritos de mi poema, se han manifestado admiradas al comprender que mientras las razas europeas de la edad media, armadas de hierro yacian en las tinieblas producidas por sus feroces y guerreras costumbres, entre las razas moras de Córdoba y de Granada florecian sábios, artistas y poetas, los cuales producian libros y monumentos que proclaman su civilizacion y eternizan su memoria. Para estos extranjeros en general, añado estas notas históricas demasiado difusas, y casi enteramente inútiles para los españoles. Y aquí, pues viene á propósito, aprovecharé la ocasion de advertir á mis amigos que se ocupan caritativamente de mis cosas, que habiendo yo prometido al público mi poema, dividido en tomos de trescientas páginas, tengo cuidado de que sus notas no entren en este número, empezando siempre despues de la trescientas una.

De la *Historia de Granada* del Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara, tomo las siguientes noticias sobre la civilizacion árabe del reino de Granada en el siglo XIV:

“El reino de los moros estaba reducido con poca diferencia al espirar el siglo XIV al territorio que hoy comprenden las tres provincias de Almería, Granada y Málaga. Si bien los reyes Alhamares tenian motivos para deplorar los estrechos límites de su monarquia, comparada con el imperio de los Abderramanes y de Jusef el Almoravide,

podian consolarse con la idea de que reinaban en uno de los países mas deliciosos de la tierra, y que regian el pueblo mas industrioso, mas bravo y mas civilizado de la Europa. En su corte brillaban el lujo y las artes, y tenian un asilo los placeres; la naturaleza habia derramado en sus estados los dones de la abundancia, y la particularidad de estar casi todo el país erizado de montañas, era ventajosa para contener al enemigo, y reponer las pérdidas que ocasionaban en las fronteras sus correrias incesantes. La civilizacion granadina aparece sin embargo fantástica ú oscura, y al buscar en la historia de España su verdadero origen, su desarrollo y su apogeo, desmaya el ánimo al descubrir el velo del error estendido aun sobre acontecimiento tan memorable. En este capítulo suspendemos la aciaga narracion de batallas, crímenes é infortunios, y consagramos nuestra pluma á describir el estado de un imperio floreciente, y la gloria de unos reyes, que, aunque moros, fueron españoles, y merecieron la palma de los genios felices que han contribuido á civilizar el mundo.

“Los límites del reino, al morir Jusef III, comenzaban en las márgenes del Guadiaro junto á Gibraltar, y seguian por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda. Los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznajar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada, formaban la línea fronteriza desde el Mediterráneo hasta las faldas de la sierra y adelantamiento de Cazorla; proseguia por Huescar y el Chirivel hácia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojácar, término hoy del reino de Murcia, como lo fué en tiempo de los romanos de las provincias Bética y Tarraconense.

“Las revoluciones y vicisitudes de la guerra habian confundido ó modificado las demarcaciones geográficas de los climas, *coras* y *tahas*, en que los árabes tenian dividido el país granadino para su sencillo régimen administrativo. Kerif Aledris, el geógrafo del siglo XII, nos ha trasmitido las circunferencias de los climas que componian en estension arbitraria un distrito ó provincia. El de Riat ó de Rute, el mas occidental, se estendia casi por los mismos límites del antiguo convento jurídico cordobés; tenia por Oriente las sierras de Alhama hasta Velez Málaga; por Mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendia la hoya y axarquía de Málaga, y subia á buscar por Sierra, Yeguas y Estepa las márgenes del Genil.

"Confinaba con el anterior el de Elvira, así llamado por su capital; estendíase por el Mediodía desde la playa de Velez Málaga hasta Adra, comprendía los valles de la costa, el de Lecrin, la vega de Granada, y terminaba por el Norte en sus montes; á Poniente tenía la línea del de Rute, á levante confinaba con el de Begaya y Albuxarrate; estos abarcaban la provincia de Almería hasta el río Almanzora, y mucha parte del reino de Jaen.

"Subdividiáanse los climas en *coras*, y algunas de estas en *tahas*. Los árabes, al repartirse en los primeros años de su dominación la tierra conquistada, asignaron límites á sus respectivas colonias, cada una de estas obtuvo títulos de señoría que sirvieron de base á sus denominaciones topográficas.

"Los granadinos conservaban con orgullo las tradiciones de su estirpe, sin consentir que se borrasen las reminiscencias de los nobles ejércitos en que habían militado sus abuelos. Al Kattif nos dice, que entre las veintitres regiones en que estaba dividido el hermoso reino, aun se conservaban memorias de los damasquinos establecidos en Granada y su término, de los Egipcios y Yeménitas en Almería y la Alpujarra, de los Palestinos en Ronda y Málaga y de los calciences en algunas poblaciones de Jaen. Los moros del Africa que abandonaron sus praderas y surcaron el Mediterráneo para gustar las delicias de nuestra tierra, mezclaron su linaje con el de las primitivas razas, y alteraron y confundieron sus antiguas divisiones topográficas. Solo hay memoria de que la Alpujarra fué compartida en *tahas* y poblada de castillos por los reyes granadinos para dictar leyes á sus habitantes belicosos é indóciles. En cada *taha* habia un alcalde autorizado para hacer sentir los rigores de la cimitarra á la gente indómita, y un alfaki encargado de atraerla con el yugo blando de la religión.

"En el territorio comprendido entre la frontera ya señalada y el Mediterráneo, se triplicó la población bajo la dinastía de los Alhamares. Los desgraciados moros de Sevilla y Córdoba, de Murcia y Valencia, que cedieron sus hogares á los conquistadores cristianos, vinieron á labrar el suelo granadino y á ponerse bajo el amparo de sus hermanos y de príncipes de su raza. La plata, las joyas, las bestias y utensilios librados de la rapacidad de los enemigos, sirvieron para enriquecer el suelo hospitalario. Las familias empobrecidas tuvieron que dedicarse á cultivar tierras eriales, á poblar parajes abandonados y á criarse un fondo de subsistencia en su economía, en su arreglo doméstico y en su trabajo. Al recorrer el país con espíritu observador, pudieran encontrarse en los valles de Ronda y de la Alpujarra nombres, costumbres y tradiciones de estas colonias. Aunque carecemos de un dato irrevocable y de una estadística cierta para fijar la población, deducimos de los anales de la guerra algunos muy importantes. Los reyes moros ponían sobre las armas cien mil caballos y doscientos mil infantes, y durante las campañas de la conquista, la destrucción de las casas, torres y alquerías de la vega de Granada, el paraje mas des-

poblado del reino por la facilidad con que el enemigo le invadía y devastaba, ocupó á muchos millares de peones. El censo de la espulsión de los moriscos y los cálculos que se tuvieron entonces presentes, revelan que el reino granadino contenia tres á cuatro millones de almas.

"Es una máxima muy sabida por los antiguos y repetida hoy, como nueva, por economistas vulgares, que la población crece en razón directa del fondo de subsistencia. Así los moros, elevando la agricultura al mas alto grado de perfección y creándose una industria peculiar, pudieron mantenerse en situación próspera y resistir luego á las calamidades de una anarquía sangrienta y á las devastaciones de los cristianos. Los granadinos aclimataron en los valles templados de la costa, en la Serranía, en la Alpujarra y vegas de Granada, de Guadix y Baza, los frutos que la naturaleza habia creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del Africa. En los siglos felices de los Abderramanes, en los cuales la caballería cristiana no pudo hollar los campos andaluces, los árabes, alocionados en la agricultura caldea, multiplicaron las plantas y los árboles, los perfeccionaron con ingertos, y formaron una ciencia del ejercicio mas provechoso al hombre: los Zeiritas, los Almoravides y Almohades, á quienes hoy nos representamos como inciviles y bárbaros, alentaron el cultivo con premios y estímulos á los labradores y pastores. Los libros y cartillas de agricultura de los árabes citan al Columela granadino, al moro Haf, que invirtió los años mas floridos de su vida en divulgar útiles conocimientos sobre la calidad de las tierras del reino de Granada, sobre las estaciones oportunas para trasplantar é ingertar, sobre economía rural, sobre pastos y ganaderías. La agricultura era considerada por los moros como un ejercicio agradable á Dios, y de aquí sentencias y proverbios agrícolas que inspiraban respeto á los conquistadores mas bárbaros y duros.

"Dios, dice el Corán al recomendar la contribución del diezmo, ha criado las legumbres y los árboles que hermosean vuestras huertas; hace brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las diversas frutas de forma y sabor infinitamente vario; usad de estos dones."

"Todo aquel que plante ó siembre alguna cosa y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave ó la fiera, ejecutará acción tan recomendable como la limosna."

"El que construya edificios ó plante árboles, sin oprimir á nadie ni faltar á la justicia, recibirá premio abundante del Criador Misericordioso."

"Procurad el cuidado de vuestra hacienda. Esto es lo que verdaderamente da fama al noble y produce utilidades sólidas."

"Cuida con esmero y vigilancia tu pequeña posesión para que se haga grande; y no la tengas ociosa cuando grande, para que no se haga pequeña."

"La heredad dice á su dueño: *Hazme ver tu sombra*."

"En tiempo del rey Al Haken II, las aguas del

Genil corrian por ramales de acequia, fecundando la vega de Granada. Josef el Almoravide y su ministro Mumel cubrieron de alamedas y vergeles los contornos de la misma y los cerros de Aynadamar, haciendo correr las aguas de Alfacar al través de montañas. Alhamar y sus sucesores extendieron con nuevos canales los riegos de la vega, y bajo los auspicios de sus reglamentos benéficos multiplicáronse las producciones y creció la opulencia de millares de familias. Los habitantes de las demas ciudades rivalizaron por precisión con los de la corte, y hasta los de la Alpujarra coronaron sus cumbres con huertos y pensiles. Las escrituras y tradiciones moriscas sirven aun de código en la vega de Granada y en otros parajes para los repartimientos de las aguas y propiedades de sus pagos.

"La seda habia sido una mercancía reservada en tiempo de los romanos á los pueblos del Oriente. Caravanas de comerciantes persas atravesaban en elefantes los desiertos de la Tartaria; se surtían en la China de aquella preciosa manufactura, y cuando las bandas salvajes del desierto no les arrebatában con la vida el fruto de su peregrinación remota, centuplicaban sus capitales en las ferias de Damasco. Los Arabes especulaban revendiendo la delicada producción en los puertos de la Siria, hasta que el emperador Justiniano, indignado del tributo indirecto que pagaban los vasallos de su imperio á los aborrecibles sátrapas, dispuso trasportar las crisálidas á la zona templada de la Grecia, y en breve propagó la raza. Las colonias de Arabes españoles iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado á ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan á la mas útil de las orugas. Concentrados los Moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de levante. El Zacatin y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chino. Una de las principales rentas del gobierno moro, era la impuesta sobre la seda, ya por el diezmo directo, ya por el medio diezmo de exportación por los puertos de Málaga, Almuñécar y Almería. Años despues de la conquista se contaban en Granada cinco mil tornos, y en los gremios, ordenanzas y vocablos de los tejedores se conserva aun notable memoria de los creadores de esta industria. Los reyes moros toleraban á los cristianos y les permitían el ensanche de sus giros y negociaciones con la mayor latitud. Los genoveses tenían establecimientos mercantiles en Granada, y la fonda donde se alojaban estuvo situada en el paraje mismo donde hoy está construido el convento del Angel: traficantes de Cataluña, de toda la Italia, de Tunes y de Alejandría, vivían en Granada como en una patria comun y en el mas rico de los emporios; y fué tal la fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas extranjeras los comerciantes gra-

nadinos, que se decia: *La palabra del granadino y la fé del castellano forman un cristiano viejo*.

"Aunque el profeta vedó á sus sectarios el uso del vino, no amplió su restriccion al jugoso grano que le destila. Las vides crecían en todo el territorio morisco: anchos parrales sombreaban en cármenes y grañjas; y era tal el número de viñas en las inmediaciones de la corte, que segun Al Kattib ascendía el impuesto sobre esta renta á catorce mil escudos. No era tampoco desconocida la elaboración de los vinos, vinagre y aguardiente, cuyos líquidos aplicaban á medicinas, ó vendían á los cristianos. Seria inoportuno probar que el olivo; simbolo de la paz, era cultivado con grandes beneficios por un pueblo tan laborioso como el morisco.

"La granada era un objeto de predilección para los moros: el nombre les recordaba una corte opulenta, el fruto la memoria del rey Abderraman. Aunque conocían sus varias especies, ninguna fué multiplicada con tanto esmero como la zafari. Era tradición que Abderraman el Justo recordó en Córdoba las frutas que habia saboreado en los jardines de la Siria, y que su hermana sabiendo sus aficciones le envió desde Bagdad como rico presente varias granadas; de aquí fué llamarlas zafaris ó viajeras. El rey mandó aclimatarlas para que sus súbditos gozasen de su delicioso jugo.

"La caña de azúcar fué tambien conocida, y su plantación esmerada entre los moros de la costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, segun los historiadores árabes, que bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico comercio. Incurriríamos en la nota de molestos, si fuéramos á referir todos los objetos que constituían la granjería de los moros granadinos; baste decir, que cuantas frutas, legumbres é hilazas son conocidas hoy, eran por ellos cultivadas con singular conocimiento, y que les somos deudores de la introducción de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodón, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño y el azofaifo, y muchas plantas aromáticas y medicinales.

"El comercio y la industria crecieron en Granada al par de la agricultura. Un rey moro escogió del de Castilla en premio de su alianza y de su tributo la libertad del comercio en granos y manufacturas, como el mayor beneficio que sus vasallos podían reportar. Ademas de la seda, la fabricación de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros espulsos, y conservan aun en Fez como la mas útil de sus granjerías. La de gasas, jaiques, tejidos de algodón y lino, ocupaban y daban sustento á un número considerable de familias: hombres, mujeres y niños se aplicaban á las diversas elaboraciones; y los ricos paños de lana y seda, que los reyes moros regalaban á los de Castilla y Aragón, se presentaban con orgullo por los embajadores de Granada como productos de la industria de sus hermanos. Las fábricas de Almería servían de modelo á las castellanas y á las de Pisa y Florencia. Hoy que las artes han progresado mucho, pue-

den compararse sin descrédito algunas elaboraciones moriscas con las traídas de Inglaterra y de Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la prolijidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aun. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesonados, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfección á que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso, y también la fábrica de porcelana.

“Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trages, armas y arcos de caballos. Jactábanse los señores y donceles de su gusto esquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas y en deslumbrar con sus bordados y lantejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulación entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Corán, ó cifras marciales y amorosas; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondían á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable. Cada uno de los infantes de Almería recibió en las particiones del caudal paterno cincuenta lanzas, veinte caballos, treinta cotas de malla, veinte coseletes, doce adargas, una marlota de terciopelo carmesí y verde, cinco jaeces de caballo labrados de seda, plata y oro en esmalte, apreciado todo en 3,568 pesantes. Los reyes de Granada procuraron mantener la esplendidez y el lujo de la juventud guerrera, y hasta consignaron en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espada, lanzas, estribos y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes y adornos de señoras, ó de sus esclavos, no pagasen derechos á la hacienda.

“La prosperidad del pueblo colmaba las arcas del erario. Aunque era diverso el estado de las rentas públicas segun los accidentes de la guerra ó de las estaciones, hay motivos para computarlas á 1,200,000 ducados: procedían del azake ó diezmo, recomendado como ley religiosa y deducido de todos los frutos de la tierra, de la cria de ganados y utilidades de la industria; del almojarifazgo, que era un doce y medio por ciento, ó la octava parte del precio de las mercancías en sus importaciones ó exportaciones; de la alcabala sobre las ventas, que ascendía al diez por ciento, y del *tahadil*, que consistía en un puesto sobre las tiendas, y en una capitalización sobre los cristianos y judíos; de las minas, tesoros escondidos y presas hechas en buena guerra se aplicaba un quinto para el erario. Con estas rentas se elevaron en Granada palacios,

mezquitas y baños; se abrieron canales de riego, se dotaron academias, colegios, hospitales y casas de huérfanos; en una palabra, se plantearon las instituciones que han hecho memorable la ilustración del pueblo de Alhama.

“El esplendor, la hermosura de Granada, el lujo y la galantería de sus guerreros y damas, sus trages, sus costumbres, nos han sido transmitidos en curiosos detalles por un escritor contemporáneo. Al Kattib nació en la misma corte el año 1313 (713 de la egira), de una familia aristócrata, que vivió sucesivamente en Toledo, Córdoba y Loja, y contaba entre sus ascendientes á algunos de los capitanes célebres avencinados en España en los primeros años de la conquista. El abuelo y padre de Al Kattib figuraron en la corte de los Nazaritas por sus riquezas y por su mérito personal. El jóven granadino recibió una educación esmerada y logró la debida recompensa obteniendo los favores de Mohamad V. Perseguido en la revolución que lanzó del trono á este gran rey, empobrecido con odiosas confiscaciones, acompañó fielmente á su soberano, y tuvo la satisfacción de recuperar con el triunfo de este sus honores y sus riquezas. Aunque la historia, las matemáticas, la poesía, la botánica, la medicina y la geografía le fueron familiares, ejerció su pluma con particular esmero en celebrar las glorias de su querida patria.

“La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco española, es una ciudad de Elvira, cuya población se alzaba floreciente en otro tiempo á cuatro millas de distancia. Constituida en corte en el siglo IV de la egira, creció rápidamente en grandeza y poderío.

“Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marineros, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celeberrima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (sierra Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenísimos huertos, varias yerbas y aromas esquisitos; siendo la mas singular de sus excelencias que en todos los dias del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crían peucedano ó verbatum genciana y espliego; por último, produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duración aventajan con mucho á las de Siria.

“El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por él de dia ó de noche, á pié ó á caballo. La naturaleza ha dotado con toda su

“lozanía á esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte, y abraza en ancho semicírculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se estiende con sus arrabales sobre colinas, y está como recostada, parte en estas y parte en llano, y no es fácil describir cuántas comodidades y bellezas proporcionan la lenidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre rio Darro nace en sus términos orientales, corre por la población, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el Genil, que despues de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes, crece á semejanza del Nilo, y se dirige soberbio hácia Sevilla.

“La regia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se comparten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombríos. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad á la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por do quiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomos y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales y hortaliza, que solo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta asciende á cincuenta áureos, y cada una de ellas reditúa al soberano treinta libras. Este campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan en nuestros dias en veinticinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

“A do quiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opuestas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican á restaurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se estienden por espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles: en casi todas hay fabricados castillos y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso á las labores. Se elevan en estas fincas, aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengas, abrevaderos, granjas y egidos. Los lugares del radio de Granada ascienden á trescientos; los colegios y templos de su recinto son cincuenta, y los molinos de agua en torno de ella ciento y treinta.

“Los granadinos son ortodoxos en religion, y sectarios malequíticos, sin que la herejía haya inficionado sus espíritus; amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, esbeltos y proporcionados, por lo comun de cabello negro, y medianos de estatura. Su diccion es la arábica mas elegante, escornada de sentencias, y á veces demasiado metafísica; en disputas y réplicas suelen ser tenaces y vehementes. Visten al uso de los persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores con sutil artificio: en invierno usan para abrigo la capa africana, ó albornoz tunecino; en la estación calorosa lienzo blanco. De aquí es que al ver á los fieles congregados en el templo, y los diversos colores de sus trages, nos parece admirar la diversidad de flores estendidas en los amenos prados de primavera.

“El ejército se compone de dos linajes, uno de guerreros granadinos y otro de reclutas africanos: los granadinos no consienten ser acaudillados sino por algun príncipe de la dinastía, ó por alto dignatario del Estado. En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos, viseras, en calidad de armas defensivas; como ofensivas, lanzas larguissimas de dos hierros, cimitarras y venablos, y cabalgaban en sillas de poca firmeza. Cada escuadron ó compañía llevaba un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el tiempo se han mejorado la disciplina militar y la calidad de las armas, adoptando corazas ligeras, celadas ó morriones mas airoso, sillas á la gineta, adargas de cueros y lanzas mas agudas.

“Las cohortes africanas constan de varias gentes, como son los marines, zayanitas, tagianitas, agaitas y árabes africanos: se dividen en varias cohortes, acaudilladas por sus propios capitanes; mas éstos quedan sometidos á la autoridad de un gefe superior, que por lo comun es alto caballero de la noble tribu de los marines y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de estos usan el turbante persa, imitando en esto al pueblo granadino, entre el cual los sacerdotes, magistrados y doctores, son los únicos que le conservan. Su arma favorita es un venablo armado de varias cuchillas, que disparan al enemigo con singular destreza: habitan en cuarteles de fábrica poco elevada, y en los dias festivos visten con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías dando ejemplo pernicioso á la juventud con sus zambras ruidosas y sus cantares impúdicos.

“El alimento cotidiano de los granadinos, es el pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros lo consumen de cebada en el rigor del invierno. En sus mercados abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas vendimiadas en los fértiles pagos de Granada; y es tal la granjería de este fruto, que sus rentas están computadas hoy en catorce mil áureos. Es también copioso el surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras muchas, sin que escaseen en ninguna época. Ademas hay uvas conservadas al abrigo de la corrupción de un año para otro.